

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

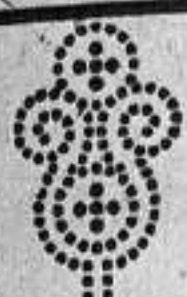
FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

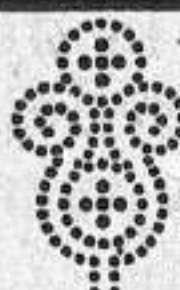
"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN



SIEMPRE UNIDOS



El delante, ella detrás, anduvieron todo el pasillo sin hablar palabra.

Tenía ella miedo de preguntar y él no se atrevía a deshojar con su fría palabra de médico aquella flor de esperanza que aún se abría tímida.

Al llegar a la puerta de la habitación y adelantándose como para abrirla, murmuró ella al fin:

—¡Doctor!...

Y él, angustiado ante la congoja de la joven, poniendo en su frase todo el afecto que siempre, desde que ella era niña, le había prodigado, no supo más que decir:

—¡Pobre Cecilia!

—Luego... ¿no hay remedio?—preguntó ella, en los ojos brillándole las lágrimas.—Luego...

Y temblaba ante la palabra fatal.

Mas al fin la dijo:

—¡Luego se muere!...

Y ante el silencio del médico, silencio que desvanecía por completo toda ilusión, repitió fuera de sí por el dolor:

—¡Se muere!...

—¡Cecilia, no desesperes!... Acaso a la tarde haya mejoría...

—¿Lo cree usted?—interrogó ella ansiosa.—Dígame que la habrá, dígame lo...

—¿Y si no la hay?...—exclamó él, tristemente, tomándole las manos.—Vamos, niña, sé fuerte, como siempre lo has sido... Que Pablo no te vea llorar... Vé pensando en que se prepare...

—¡Se muere!—tornó ella a decir con mortal desaliento.

Se fué el doctor. Y Cecilia buscó un refugio.

Y el refugio de aquella hora de inmensa desventura no podía ser otro que los pies crucificados del que agotó hasta las heces el cáliz del dolor. Y apoyando la frente en ellos, dejando libre el curso de las lágrimas, pidió Cecilia fuerzas, consuelo, luz, un rayo de esperanza, una palabra de salud, una mirada tan sólo, una mirada de aquellos dulces y compasivos ojos a cuyo suave fulgor se cubrían de flores blancas todas las espinas de la vida.

Y Jesús la miró.

Y Cecilia vió lucir ante ella, como si entonces mismo se encendiesen, las antorchas todas del día de sus bodas, con sus llamas alegres y locas, que prometían felicidad eterna, que parecía que jamás se habían de extinguir... Y oía las risas de los convidados y los deseos de que su dicha nunca se acabase... Y sentía la armonía de los grandes órganos del templo, empujándola a ella, a la novia, por un camino resonante de himnos de ventura... Y se veía a sí misma, temblorosa de emoción, pálida bajo la blanca nube del velo de desposada, palpitante de amor junto al que iba a ser para siempre su esposo, su señor, su vida entera...

Y entre los resplandores de aquel día feliz y la blancura de las gasas, y las risas de los convidados y las canciones de boda y las frases de enhorabuena, escuchaba absorta la voz querida que le murmuraba al oído: «No nos separaremos nunca...» Y ella repetía: «¡Nunca!...» «Ni aquí ni allí», decía él. «¡No, nunca!...», repetía ella. Y entonces él, entre sonrisas, le había hecho una proposición extraña, donosamente peregrina en aquel día claro y feliz: «Y si yo muero antes, tu me advertirás de la partida... y si eres tú la primera en emprender la marcha, seré yo quien te hable de ello... Porque, ya me entiendes, quiero que nunca jamás nos separemos...»

Pues bien, la hora triste, la hora de la separación había llegado, la hora que parecía tan lejana cuando él, el día de la boda, le hablaba de partir... Y llegaba pronto, demasiado pronto, a los pocos años de haberse jurado los dos fidelidad ante el altar, cuando todavía se abría ante ellos la vida con todos sus encantos, cuando, apenas enlazadas las manos, comenzaba a recorrer la senda venturosa... ¡Oh, muerte, espera, espérate algo más, deja que las flores de los desposorios se marchiten un poco, deja que los años destilen amarguras que te hagan deseable, deja que la corona de los hijos brille en el hogar...!

Y Cecilia, prieta a los pies llaçados, seguía murmurando:

—¡Señor, una palabra de salud, un rayo de consuelo, una mirada!...

Y Jesús la miraba y la iba haciendo fuerte en el dolor.

Hizo unas señas a las personas que había en el cuarto del enfermo para que saliesen de allí; y, una vez sola, entornó los postigos del balcón y se acercó a la cama.

—¡Cecilia!—murmuró la voz doliente—¿por qué has cerrado? Quiero luz...

Ella no quería que viese él la huella de sus lágrimas.

Abrió y volvió junto al lecho.

—Has llorado—dijo él.

Ella no supo qué contestar. No fingió nunca. E inclinaba hacia el esposo su rostro joven, bello, contraído por la angustia.

En la mirada fijamente con los ojos avizores, y tornó a decir:

—Has llorado. No lo niegues...

—He pensado en lo felices que éramos...—suspiró ella—en lo felices que podíamos ser...

—¿Qué ha dicho el médico?—interrogó él de pronto.

—Que acaso esta tarde estés mejor...—dijo ella sin poner empeño en su frase.

—¡Mejor, mejor!...—repitió él, incrédulo.

Hubo un corto silencio, el preciso para que en el alma del enfermo resonase muy quedo la llamada definitiva, el preciso para que los oídos de Cecilia oyesen de nuevo la frase del día dichoso: «Si yo muero antes, tú me advertirás...», y la frase del doctor: «Piensa en que se prepare»...

Y emprendió resuelta el camino marcado por las voces.

—¡Pablo!—gimió—¿te acuerdas del día de nuestra boda?...

—¿Cómo olvidarlo?—contestó él.

—¿Te acuerdas de cuanto hablamos aquel día?

—De todo—afirmó él tras de pensar un poco.

—¿De todo, de todo?—preguntó ella avanzando animosa.

—De todo, Cecilia—contestó resueltamente él.

—¡Pablo, no nos separemos nunca!—exclamó ella. Y calló.

Desfallecía, vacilaba, no sabía ni sabía nunca encontrar palabras con que velar la fatal nueva.

Pablo comprendió, comprendió con clarividencia de agonizante; y con el ánimo que Dios da en esa hora a los que El ama, abordó de frente la cuestión.

—No, Cecilia, no nos separemos nunca... y cuando esté para morir, tú me lo dirás, tú misma, porque tú sabrás decírmelo... ¿Ha llegado el momento?... Dí, vamos, no temas: ¿Debo de prepararme?...

El rostro de Cecilia se abatió hasta el rostro del esposo, y allí junto a su oído, con lágrimas calladas, murmuró:

—¡Si Pablo, prepárate!...

Levantó él los brazos, atrajo a su mujer, la miró transportado de amor, y habló así:

¡REPICAD, CAMPANAS!

Joven, piadoso, recién salido del Seminario, el nuevo párroco levantaba el corazón lleno de apostolado. Con la vida real no había tenido aún más que contactos superficiales: las relaciones estrictamente precisas para que, durante los asuetos de vacaciones, la austeridad de su vocación y el ritmo de su vida interior no resultasen para los demás duros e insociables.

Y a través de los libros y a través de su juventud, en su sencillo y conciso aislamiento, tenía del mundo esas nociones ingenuas que pone en un corazón poeta, en la edad florida, el noble y generoso sentido de la idealidad.

¡Qué hermoso iba a ser su apostolado! Fe, abnegación, lealtades, efusiones fraternales y luces de lo alto marcando a la humanidad espiritualizada el camino de la inmortalidad.

* *

El pueblo parecía sano y sencillo. Cuando se lo describieron, rodeado de hazas y de dulces colinas, lleno de sol, fragante, con las casas blanqueadas de cal y la iglesia bonita, sintió en sus ensueños el repique ardiente de las campanas.

¡Repicad, campanas! Las campanas cuyos tintineos despertarían el vuelo de las cigüeñas y el vuelo de las conciencias puras. ¡Cómo sonarían estos acentos de gloria por las campañas ubérrimas encendidas bajo el fuego del sol!

Y el nuevo párroco veía de lejos esas claridades de oro de la pompa litúrgica y la divina llama inmortal.

¡Repicad, campanas! Las que tenéis lengua de bronce en la torre de piedra y las que tenéis lenguas de verso en la torre del corazón.

* *

En la iglesia no había huecos sensibles. Sobre todo en aquel día de

—Desde el día en que nos casamos has sido tú siempre la que te has apoyado en mi brazo, y en el has buscado fortaleza y sostén y cariño... Así hubiéramos caminado largos años... Dios no lo quiere... Mas ahora, en este día de separación para sortear el paso temeroso, para poder arribar con bien a la región misteriosa que me espera, soy yo quien necesita de tu brazo, de tu brazo esforzado de cristiana, de tu brazo de esposa... Déjame que me coja a él... Soy débil, soy como un niño, tengo miedo... Sostenme, no me dejes, ayúdame en la marcha, que quiero morir bien, que quiero que nos encontremos allá...

* *

Y la dulce mirada de Jesús ponía un reflejo de paz y de esperanza en la hora terrible que pronto llegaría.

J. LE BRUN

fiesta oscilaban las llamas con tantos alientos reunidos. Pero al párroco se le cayó un ala del alma. La pompa litúrgica quedaba como desvaída y apagada entre las brillantesces y fulgores de aquel otro oro extraño y de fuera que tintineaba ostentoso en el fasto de la concurrencia. Y un perfume sutil, liviano, de mundanidad parecía también apagar el aroma místico del incienso, el cual se desvanecía ligero y azul.

Subió al púlpito. Se sentía triste. Le estimulaba cierta indignación ante el espectáculo indecoroso de modas desnudas, de exhibiciones paganas y de algo confuso que él no podía aún descifrar.

Sin embargo, se limitó a decir por primera vez:

—Sed sencillos, sed modestos, sed puros. Jesús os puso un símbolo en los niños y en las blancas palomas. Lo que hacéis no está bien. En adelante se prohibirá la entrada en el templo a quienes no vengán vestidos con arreglo a la decencia cristiana, y serán expulsados quienes no guarden la compostura debida. Aquí debéis venir como niños que han encontrado su corazón.

Y ellos salieron después diciendo:

—¡Vaya un hombre raro!

* *

Otro día se acercó a decirle un señor:

—Padre cura, ¿por qué no predica usted un sermón contra los que deben y no quieren pagar? Es la falta más grave que tiene este pueblo. Empeñan su palabra, hacen juramento de devolver lo recibido, y llegan los plazos y quebrantan todos esos mandamientos de la ley de Dios.

El cura tuvo una intuición:

—¿Le deben a usted algo?

—Vivo de mis rentas, padre cura; lo poco que tengo he de darlo así a interés para poder sostenerme.

—¿A qué interés presta usted?

—Según las garantías... Del doce al catorce por ciento... Ya ve usted; menos que si lo empleara en alpiste.

—Pues, sí; hablaré de eso; vaya usted a oír el sermón.

—Gracias, padre cura.

Y el cura congregó a la feligresía. Pero fulminó anatemas contra los avaros, contra los egoístas, contra los usureros, contra los que prestaban al diez, al doce y al catorce por ciento.

—Sed humanos—dijo—, sed generosos, sed fraternos. El dulce Jesús os puso un símbolo en el rico avariento... ¡Ay de aquel que pueda sonar el oro sin que en ese tintineo oiga el cantar de algún alma agradecida!

Y las hipotecas, los pactos de retro, los préstamos usurarios salieron diciendo de la iglesia:

—¡Qué hombre más raro! ¡Pero esto no es posible!

* *

Otro día se acercó una dama elegante y risueña:

—Señor cura, es necesario que usted me ayude a hacer algo por los pobres; es la falta más grave que tiene el pueblo: la ausencia de la caridad. Hay que organizar una fiesta benéfica para allegar recursos. Necesitamos su aprobación.

—¿Y qué es ello, señora?

—Cualquier cosa, una función de teatro, una tómbola, un baile de trajes. ¡Ah, un baile de trajes sería estupendo! Debiera usted hacernos ambiente desde el púlpito, señor cura.

—Pues, sí, señora; es necesario socorrer a los pobres y yo hablaré de eso.

Y el párroco habló:

—¡Si la limosna viniese envuelta en aureolas de liviandad, es anatema! No seáis paganos ni crueles; no hagáis del dolor del prójimo un motivo para vuestros goces y pecados. No encubráis vuestra mercancía averiada de placeres, de lujo, de frivolidades, de diversiones con el marbete de la caridad, que es recatada y misericordiosa. El dulce Jesús os puso un bello símbolo cuando dijo que no supiese una de vuestras manos lo que diese la otra... Dad de corazón, con humildad, con la palabra amorosa que perfuma y hace fecunda la obra... Esa otra beneficencia de máscara sea anatema.

Y a los proyectos de escote, de desnudos, de procacidades y desenfrenos sensuales salieron escandalizados llevándose las manos a la cabeza:

—¡Pero qué hombre más raro! ¡Si esto es insufrible!

* *

Y la iglesia se iba quedando desierta. Querían una religión externa, tolerante, complaciente, hecha de fórmulas cómodas y circunstanciales.

—¡Es un cura tan raro!—decían todos.

Y el pobre cura vacilaba y decaía... Estaba cada vez más triste y la llama de oro de su vocación se consumía solitaria en el recinto casi abandonado del templo.

¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¿Cómo cultivaré la viña que me has encomendado? Los frutos son agrios... Se secan las vides y el vino generoso no llega a

destilar gotas de néctar para endulzar tu cáliz. ¿Seré yo verdaderamente raro?

Y a través de sus lágrimas le pareció oír una voz interior.

—Pero, ¿por qué? ¡Adelante... adelante! ¡Así empecé yo! ¡Y había fariseos que no querían ser raros! pero yo busqué siempre a los raros.

Y el joven párroco vió de nuevo esas claridades de oro de la pompa litúrgica y la llama inmortal.

¡Repicad, campanas! Y no eran las de bronce de la torre de piedra, sino las que retumbaban la divina palabra en la torre del corazón.

ANTONIO REYES HUERTAS

Nuestra Señora de los Angeles

La Legión de los Angeles, formada, espera de su Reina la llegada; es su aire aguerrido y es marcial. Ellos, a nueve coros o escuadrones pertenecen, lo dicen sus blasones, y los manda Gabriel que es General.

Se presenta la Reina majestuosa, con su manto de estrellas, tan hermosa, que el Cielo enardecido, de Ella en pos sus cánticos de júbilo desgrana, y la aclama por Reina y Soberana la majestuosa voz del mismo Dios.

Suena el clarín de angelicales huestes, y el suelo cubren las brillantes vestes para que pise el soberano pié. Suena la Marcha Real que hay en la Gloria, y Ella siente a su Ejército en victoria, y al mando de la fuerza a Gabriel vé.

Se rinden las espadas; la Bandera, hasta hoy erguida siempre y altanera, se inclina ante la Reina con honor. Y Gabriel la saluda como un día que le valió una cruz: —¡Ave, María!— y Ella responde: —¡Esclava del Señor!.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, agosto de 1945

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Eran los *publicanos* en aquel tiempo bastante mal conceptuados, hombres codiciosos, usureros y ladrones de todo género, la infamia de los mas de ellos manchaba el nombre de todos. Su profesión ayudaba a aumentar la desconsideración que de ellos se tenía, pues eran los encargados del cobro de los impuestos del Estado y la representación más odiosa de la dominación romana.

Pero el Maestro de Nazaret, había venido al mundo a llevar a cabo una revolución de principios y desarticular muchas costumbres absurdas. Por eso Jesús diri-

giéndose un día al mar con sus discípulos y gente que le seguía, vió a Mateo, publicano conocido de todos, sentado en su garita y contemplando con indiferencia el paso del Maestro y sus seguidores. Y Jesús dirigiéndose a él, con la fuerza persuasiva de quien puede dominar con su palabra el corazón humano, le dijo:

—Sígueme. Y Levi Mateo, fascinado por el mandato del Maestro, le siguió.

Decisión aventurada el meter un publicano en el grupo de sus escogidos discípulos. Pero Jesús no había venido a proceder en su evangelización conforme a los planes humanos, y su conducta había llenado de extrañeza a la gente; pero aún habían de extrañarse mas.

Porque Mateo, para despedirse sin duda de sus amigos y para congratioslos tal vez con el Maestro y atraerlos a él, preparó a Jesús, en su propia casa, un gran banquete. Y cuando estaba reclinado a la mesa he aquí que empiezan a entrar muchos pecadores y publicanos que se colocan junto a Jesús y sus discípulos.

Y viendo los fariseos y escribas que estaba comiendo con ellos, comenzaron a murmurar diciendo a sus discípulos:

—¿Cómo vuestro Maestro come y bebe con los publicanos y pecadores?

Oyóles Jesús y les dió esta respuesta:

—No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

Este periódico que desde 1906 ha venido publicándose no ha tenido otra misión que buscar facilidades para la propaganda entre aquellas personas de espíritu religioso que comprendan estas palabras del Maestro de Nazaret.

La doctrina que Jesús de Nazaret fué enseñando a través de su vida pública ha sido aquí comentada de muy diversas maneras. Y es precisamente, a las personas que necesitan de médico a sus almas, a quienes nos hemos dirigido siempre con palabras de cariño y de consolación.

Los suscriptores de RELIGIÓN Y PATRIA facilitan, con el importe de su suscripción, la propaganda de los números, que al llegar a sus manos en grupos de cinco, de diez o de mas ejemplares, sirven para que a su vez ellos los hagan llegar a aquellos otros, que en modo alguno podemos esperar su suscripción, pues su vida religiosa es nula, unas veces por despreocupación, y otras por desconocimiento. Y así llegan hasta sus inteligencias, leyendas y narraciones en las cuales la figura de Jesús de Nazaret o del hombre verdaderamente cumplidor de sus deberes religiosos, se hace simpática y agradable. Otras veces palabras de cariño que les llegan a lo íntimo de sus sentimientos familiares y les hacen despertar el sentimiento del bien para su familia o para sus semejantes. Y no falta tampoco la amena distracción que retenga sus ocios muchas veces dedicados a no muy santas distracciones.

Y esa es nuestra labor. Lograr de las personas que comprendan la eficacia de la propaganda católica, los medios para que puedan llegar a la inteligencia y al corazón de los apartados de Dios, la semilla que en

aquel tiempo el Maestro de Nazaret predicaba por tierras de Palestina.

La palabra de Dios y la misión que le había traído a este mundo, estaba dedicada a los que vivían apartados de él, por el pecado o por la indiferencia. «No vino a buscar a los justos sino a los pecadores». Ellos tienen derecho a oír las palabras del Evangelio y han de ser los que creen quienes las hagan llegar a sus oídos ansiosos de la verdad que no logran encontrar en las esperanzas de la vida.

En muchas Fábricas, talleres, empresas, escuelas y catecismos entra nuestro periódico repartiendo palabras de paz y de amor. Aun podía entrar en muchas otras partes... pero las puertas están cerradas y quienes pueden hacerlo, no las abren a la verdad que brotó un día de los labios del Dios de las bienaventuranzas.

Con las aportaciones de algunos suscriptores, se ha llegado bastante lejos. No obstante *la mies es mucha...*

Que Dios nos facilite medios para poder llegar a todas aquellas personas que tanto necesitan del conocimiento de la única gran verdad de la vida, que es la luz que ha brotado del Evangelio e ilumina al mundo como único faro seguro en medio de la tormenta.

Los escribas y fariseos oyeron la respuesta del Maestro y no lograron comprender todo lo magnífico de su propaganda.

Comiendo con publicanos y pecadores, estaba más cerca de ellos para hablarles a su corazón corrompido por las miserias humanas. De sus labios salían palabras de amor para sus semejantes. Publicanos y pecadores recogían la semilla que a voleo arrojaba en el campo el sembrador.

R.

LA AVARICIA

Hay un enemigo de la caridad, que no es audaz y altanero como la *soberbia*, no se presenta al mundo avasallador y dominante, no busca el brillo y la universal adoración, sino por el contrario, vive escondido, alienta en la sombra, deslízase en silencio por los rincones más ocultos, este enemigo es la *avaricia*.

La soberbia con garra de fiera, conmueve y destroza el ánimo enloquecido. La avaricia, cual reptil dañino, apégase a las fibras, y anida en los pliegues del corazón. El avaro que atesora y guarda y vigila los bienes materiales como el codicioso que los busca y adquiere y solicita con inquietos afanes, es un ser degradado, miserable instrumento de una pasión mezquina.

¿Qué son para él los móviles elevados, los intereses morales, las nobles empresas? ¿Qué valen a sus ojos, ni la áurea palma de la virtud, ni el lauro de la ciencia, ni la coraza del heroísmo? Corroído y extenuado por una pasión oscura, que en silencio lo avasalla, ha concentrado toda su voluntad y sus facultades en un mecánico y vergonzoso oficio: ir amontonando noche y día toda la riqueza que su seca y crispada mano pueda tocar.

COMENTANDO

LA RAZON

De la discusión dicen que brota la luz. Una discusión bien sostenida, termina siempre en una claridad diáfana y brillante como la luz de las estrellas.

El otro día discutimos. En eso pasamos, unos cuantos amigos, la tarde del domingo, recostados plácidamente a la sombra de un cerezo. La brisa y la digestión convidaban al sueño, y la melancolía del paisaje aldeano ponía en nuestras mentes puntos de meditación sobre los más graves problemas. Y surgió uno: quién tenía la razón en las discusiones. Alguien sostuvo tenazmente que en una disputa tenía razón el que supiese demostrar su tesis. Otro dijo que la razón era del que dijese la verdad. Yo quise decir algo distinto de las dos opiniones, pero no pude. La pesada mano de uno de los amigos, rozó ferozmente mi rostro sin querer... sin querer yo, por lo menos; y vi que en aquella ocasión la razón era del más fuerte. De la discusión brota la luz: Me pusieron la cara como un farol y vi las estrellas.

Monte abajo, el tortuoso camino que serpeaba entre los greñales, me parecía la calle mejor asfaltada, y hasta los obstáculos naturales de las zarzas y de los pedruscos mal recortados, me dieron la impresión de que eran un impulso a mi desenfadada carrera.

Llegué a la Estación más próxima antes de que se enfriase la mano amiga que me convenciera. Subí al tren y éste me condujo a mi destino. De lo que me sucedió durante el trayecto voy a informar a mis lectores, ya que la Providencia me puso en el trance de hallar la solución a la

cuestión debatida con unos amigos a la sombra de un cerezo. No apunto soluciones ni consecuencias, pues cada cual encontrará las mejores para sí.

La caricia, suave como una brisa y dolorosa como un bofetón, me había dejado algo nervioso y distraído, lo que me impidió ver al Revisor hasta que lo tenía delante de mis ojos. Mi billete estaba esperándome en la taquilla de la Estación de partida, y me decidí heroicamente a defenderme de mi falta. Entablamos el siguiente diálogo:

Revisor.—¿Me hace el favor del billete?

Yo.—Muy buenas.

Rev.—¿No tiene Vd. billete?

Yo.—Yo no. ¿Y Vd.?

Rev.—Yo no, pero soy Revisor.

Yo.—Yo tampoco, pero soy médico.

Rev.—¡Pero yo soy el Revisor de la Compañía del Ferrocarril!

Yo.—¡Y yo el Médico de la Compañía de Precintos Eléctricos!

Rev.—¡¡Pues si no tiene Vd. billete, haga el favor de bajarse!!

Yo.—¡¡Y Vd. también, por lo mismo!! Y a fe que me parece que es lo mejor que podemos hacer los dos antes de que nos echen.

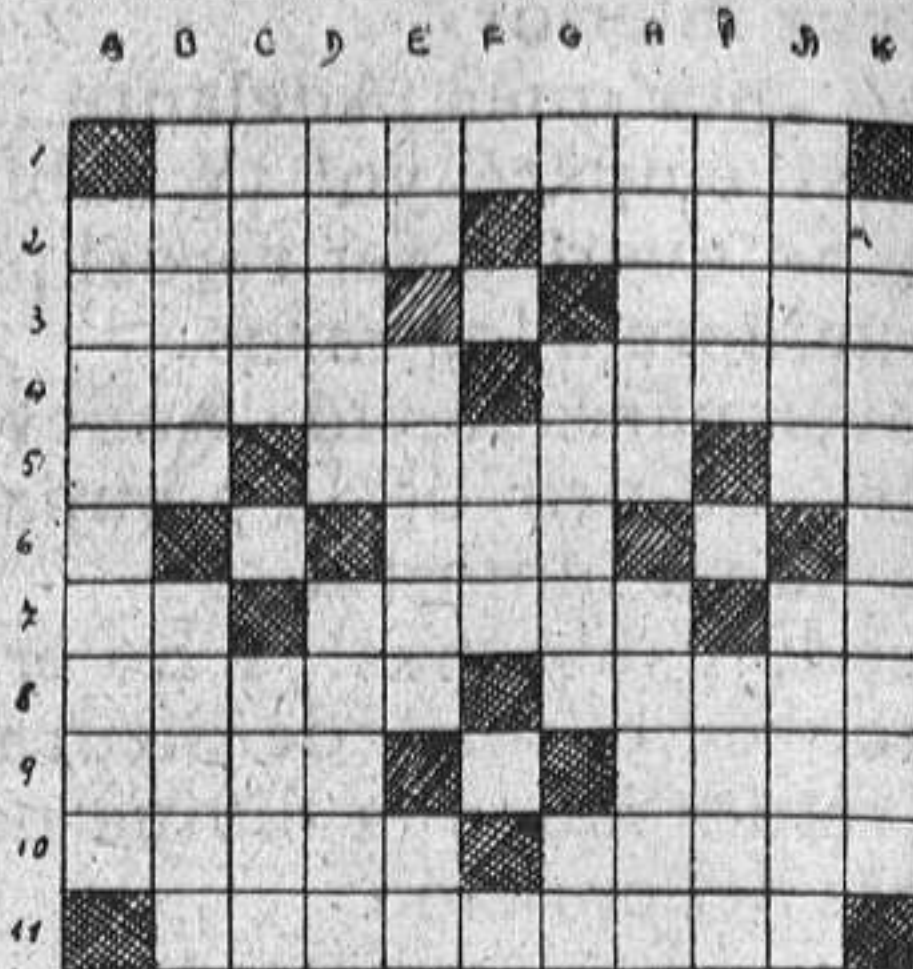
El tren equivocó su vía y en vez de llevarnos para Gijón, nos dejó posarnos en Leganés.

HERO

Los soldados que más temen a Dios son los que menos temen a los hombres.

Solución al Jeroglífico núm. 19, por Kinito:
AL MERCADO DE LA POLA

Crucigrama núm. 15, por Morán



HORIZONTALES.—1. Sin freno.—2. Fábrica de armas famosa alemana - Al revés. Marina de una Nación.—3. Algazara - Príncipe árabe.—4. Fonéticamente y al revés, concede - Al revés, guise aderece.—5. Negación - Ariésgate a hacerlo - Preposición inseparable.—6. Consonante Gaste - Consonante.—7. Nota - Pedestal - Al revés, nota.—8. Desigual - Con H, tierra de regadío.—9. Al revés, bajo, despreciable - Pintor holandés.—10. Repasa - Al revés, Comarca al norte de Lombardia.—11. Deformidades.

VERTICALES.—A.—Príncipe alemán.—B. Especie de serpiente - Al revés, me marché.—C. Irlandés - Variedad de sopa.—D. Con E en lugar de O, fino - Sobria.—E. Consonantes - Al revés. No quiere - Pronombre.—F. Vocal - Asidero Consonante.—G. Interjección negativa - Al revés, asocia - Artículo.—H. Incumbe - Al revés, galantes.—I. Familiarmente nombre de mujer. Nota repetida.—J. Al revés, radical de la esencia de ajo - Unais.—K. Ciudad importante francesa.

En las cuatro casillas independientes, las letras del anagrama de una comunidad Religiosa.

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJÓN

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJÓN Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJÓN Teléfono 3392

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJÓN Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO